

LA IDENTIDAD PROFUNDA DE N. TITULESCU

Por PAUL ALEXANDRU GEORGESCU*

La prestigiosa personalidad de Nicolás Titulescu reúne e ilustra tres modelos de pensamiento y acción que concuerdan y se estimulan recíprocamente: el *modelo jurídico-diplomático*, el *modelo ético* y el *modelo humano*, que vamos a examinar de modo sucesivo e integrador, con el fin de llegar a su *identidad profunda*, concepto imprescindible para los que ven en la historia el más poderoso medio capaz de revelar la excelencia humana.

La mayor parte de los libros, los estudios y los artículos dedicados al gran estadista rumano con motivo de los 50 años de su muerte han tratado amplia y competentemente acerca de aspectos, problemas y perspectivas del primer modelo, haciendo hincapié, con sobrada razón, en la victoriosa actualidad de sus concepciones en el dominio del derecho internacional y en la fértil concordancia de los principios básicos de su pensamiento político y el mundo que está naciendo bajo nuestros ojos y que se desarrollará sin duda bajo los signos diseñados por el genio precursor de Titulescu: las libertades democráticas y el Estado de derecho en el interior, la legalidad y la colaboración internacionales en el exterior.

No obstante ello, precisamente la brillantez y la pertinencia de este primer modelo nos mueven y obligan a verter la luz debida sobre los modelos ético y humano en que se funda la eminencia jurídica y diplomática. Lo haré ante ustedes, partiendo de una inestimable experiencia personal que tuve a los 22 años y que me permitió acercarme al gran diplomático, conocer directamente sus ideas sobre la paz y la juventud y actuar como su portavoz en una importante manifestación internacional: el primer "Congreso Mundial de la Juventud por la Paz", celebrado en Ginebra, en 1936, bajo los auspicios de la Sociedad de las Naciones. Además, dos de los más entrañables amigos y colaboradores de Titulescu: el poeta Ion Pillat y C. Antoniaide, ministro plenipotenciario de Rumania en Berna, me han proporcionado un sinfín de informaciones, confidencias y reflexiones sobre la dimensión moral y las virtudes altamente humanas de Nicolás Titulescu.

Y ahora, someramente, los sucesos. En agosto de 1936, recién licenciado en Filosofía y Derecho con halagadores calificativos en latín, pasaba serenas y asoleadas vacaciones en el dulce paisaje de Bucovina, cuando recibí un telegrama firmado por un destacado personaje de la vida pública rumana, el poeta Ion Pillat, a quien

* Socio Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia en Rumania.

no conocía personalmente. Me instaba a verlo sin tardar en un problema importante. El día siguiente subía las escaleras de su casa, donde Pillat me habló, no como poeta bucólico y paisajista, sino como presidente de la Asociación para la Sociedad de las Naciones y como apoderado de Titulescu. Me dijo que el jefe de nuestra diplomacia consideraba que el evento internacional más importante después del estallido de la guerra civil española, era la reunión de los jóvenes en Ginebra. El ancho abanico de los participantes —cristianos, budistas, liberales, socialistas, conservadores, sindicalistas—, la oposición a la prepotencia fascista, la amplitud del Congreso y la impetuosidad de los delegados explicaban por qué Titulescu veía aquí el comienzo de un movimiento capaz de cerrar el camino de las fuerzas agresivas y de impedir una nueva guerra mundial. En cuanto a la participación de Rumania en el Congreso, nuestro Ministro de Asuntos Extranjeros se había negado rotundamente a enviar delegados de los partidos políticos que se hallaban en permanente estado de enemistad y acusaciones mutuas. Le había declarado a Pillat: “Bastante lavamos nuestra ropa sucia dentro del país, no es menester hacerlo también afuera”. Decidió pues enviar a dos estudiantes, los jefes de promoción de las Facultades de Derecho y Filosofía. El rectorado indicó el mismo nombre para las dos instituciones y de este modo, concluyó Pillat, usted irá a Ginebra. Feliz, pero preocupado, traté de objetar: “Bien, pero a mí no me gusta la política”. “¿Y por qué?” me preguntó el poeta. “Por causa de su visión maníaca, antagónica: divide el mundo en adeptos y enemigos, desea patológicamente el poder —simple medio— y degrada el bien —verdadero fin. Sataniza al adversario, no aguanta las diferencias”. “Lo mismo dice Titulescu respecto a ciertos políticos, pero no respecto a la política de paz y solidaridad humana. De modo que has sido elegido y tienes que confirmar “el criterio Titulescu”, su tabla de valores cognoscitivos y morales. No soporta la mediocridad intelectual, la falta de preparación profesional, la histeria demagógica, las ínfulas aristocráticas. Respaldada la competencia, atrae los valores, ama a los jóvenes de mérito y talento. Además, los ayuda. Para guiarte, he aquí la página en que apuntó unas ideas directoras para tu ponencia en el Congreso”. Tomo la nota y miro con emoción, por la primera vez, la escritura de Titulescu. Delicada, aérea, algo apresurada, es la letra de un hombre que “ve adelante” y entiende, ya desde el medio de la frase, qué dirá el interlocutor. Aproximadamente, la nota tenía el siguiente tenor:

“Problema fundamental: el nacionalismo. Con referencia a la paz, hay dos posibilidades: por una parte, en su forma racional y democrática, el nacionalismo puede ser factor de progreso y colaboración internacional; por otra parte, como desvío chovinista, revisionista y agresivo, el nacionalismo se convierte en un obstáculo y una fuente de peligros por la paz. La misión y la tarea de la juventud: transformar el *hecho* de la paz, en un *valor* racional y universal, fundado en el principio de coordinación y no en el de subordinación”.

Al despedirnos, Ion Pillat me pregunta hacia qué filósofo van mis preferencias como “aprendiz de sabidurías”. Le contesto sin vacilar y me doy cuenta de que también ahora, después de 55 años de utopías y tormentas ideológicas, mi opción sigue valedera: “Hacia Emmanuel Kant, porque dos cosas llenaban su alma de admiración y creciente respeto: el cielo estrellado encima de nuestras cabezas y la ley moral dentro de nosotros”.

Al llegar a Ginebra y al participar en las discusiones de la IVª sección del Congreso, dedicada a examinar “Las bases religiosas, morales y filosóficas de la paz”, doy con sorpresas. Nos supera a todos una mulata de Senegal, con su vestido tropical, estudios de doctorado en Sorbona y citas en original de Kant, Spencer, Giambattista Vico, quien pulveriza literalmente el colonialismo, foco de expoliación, degradación humana y en definitiva de guerras. Me asombra igualmente, pero en sentido inverso, la condenación de *todo* nacionalismo, en *cualquier* forma que se manifiesta. A estos ataques indiscriminados, contesto con el titulesciano *distinguendum est*. Afortunadamente, el texto de mi ponencia, publicado a mi regreso a Rumania, se ha conservado. Decía: “Hubo quienes, desde esta tribuna, se preguntaron si el nacionalismo puede ser un factor de paz y progreso en orden internacional. Nosotros creemos que eso es posible, a condición de que se respete la igualdad básica de los Estados, así como las normas y las obligaciones internacionales libremente consentidas”. A continuación, formulaba un rechazo claro de la ideología nazista, fundada en una supuesta superioridad racial. “Es verdad que, para respetar estas normas, debemos poner por encima de la voz de la sangre, la voz de la razón y por encima del interés, el deber”. Conforme a la concepción de Titulescu, condenaba la dictadura como forma de agresión contra el hombre, no importa qué color asumiría y en qué dirección, a derecha o a izquierda, se dirigía. En el fondo, nuestra delegación rechazaba el totalitarismo. Afirmaba: “Estamos todos de acuerdo para condenar toda coacción y toda opresión, toda injusticia y agresión, en una palabra toda esclavitud, cualesquiera fueran su autor y su justificación ideológica”. En fin, mi alocución ponía de relieve la elevación *ética* de la misión reservada a los jóvenes. “A nuestro entender, apartiene a la juventud mostrar al mundo entero que si las naciones tienen un incontestable derecho a la existencia, ellas tienen, de modo igualmente indudable, el deber de convertir esta existencia en valores y encaminar su marcha histórica hacia la paz y el aumento de la humanidad del hombre”.

El rechazo de las discordias y los particularismos políticos, como degradadores, el mensaje de racionalidad y respeto de la persona humana —en el fondo, una forma del imperativo categórico de Kant—, así como la exigencia de ascenso axiológico del hecho al valor, eran tantas pruebas y rasgos del modelo ético propuesto y vivido por Titulescu.

En lo que atañe al modelo humano inherente a la personalidad de Nicolae Titulescu, tomaré la libertad de descubrirlo en su identidad profunda que integra, según la psicología moderna, dos elementos correlacionados: la emoción óptica y la proyección axiológica del yo. En términos más simples, nos preguntaremos cómo sentía Titulescu la vida y la existencia y luego con qué tipo humano paradigmático tendía él a identificarse.

Para Titulescu, “ser” significaba “ser junto” con alguien, con otros, con los demás. La socialidad le era consubstancial. La brillantez y la fascinación que ejercía infaliblemente tenían la raíz profunda en su alegría de encontrar a los hombres, desde los campesinos de su Oltenia natal, hasta los lores de la *high society* londi-

nense, en el gusto de hablarles y entenderse con ellos. Se ha discutido mucho sobre un Titulescu siempre listo para la sonrisa y propenso al abrazo. Es verdad: eran las formas gestuales de la bondad, eran los signos de su deseo de entender y hacerse entender por los otros. Porque para él, el otro —el prójimo, el semejante— constituía un dato primordial, con la vida misma. Para él, la existencia era esencialmente coexistencia y por ende cordialidad, mientras el abrazo lo sentía como una necesidad vital, inexorable, definitiva. La paz —la grandeza, la obsesión y el destino de Titulescu— tenía origen en su identidad profunda. Titulescu no sólo amaba la paz, sino se confirmaba y justificaba por ella; llegaba, gracias a ella, a una como plenitud del ser y del estar.

En cuanto a las proyecciones valóricas del yo, hay que empezar con las formuladas por Titulescu mismo quien quería ser soldado leal de su patria y defensor de sus fronteras, paladín de la paz, heraldo de una nueva Europa unida. ¿Existe acaso algún *fundamentum divisionis* de esta tríade? Sí, no cabe duda. En su discurso de 1929, ante el Reichstag, pero también antes y después de ello, Titulescu se ha definido a sí mismo como un *realisierender idealist*, como una síntesis de visionario y hombre de acción, como un espíritu que confiere a la materia forma, vida y significación. Como un creador. El creador que se crea creando. Sólo que él hacía esto en el dominio frágil e ingrato de la convivencia de los hombres, las muchedumbres, los Estados. A Brancusi o a Enescu le resultaba fácil: uno tallaba piedras de todo modo tallables, el otro ensartaba sonidos en definitiva orquestables, mientras que Titulescu trabajaba con entidades humanas exasperadas y exasperantes, con los Leviatanes locos, infames o cobardes de un siglo maldito, envenenado por el terror nazista, los horrores comunistas y los miedos democráticos. En estas condiciones, Titulescu ha propuesto únicamente multiplicar la humanidad del hombre, bajo el signo del entendimiento y la simpatía que no eran sino nombres discretos para el amor.

Ahora bien, esta identidad titulesciana se ha implantado en la historia, se ha encarnado en un hombre concreto. ¿Con qué calidades? Lo dice Titulescu mismo en un conmovedor discurso en la Sociedad de las Naciones, en que el homenaje a Gustavo Stresemann era sólo el disparador de un texto con clara referencia subjetiva. En el fondo era una confesión indirecta y para que adquiriera el valor de una magnífica descripción del modelo humano titulesciano, basta pasar el discurso a la tercera persona del singular, y asumir nosotros la posteridad, el elogio de Titulescu hecho en la primera persona del plural. El plural de la historia.

“Además del genio político, él poseía una calidad de las más raras: era humano. En todas sus discusiones públicas o particulares, sin renunciar un ápice a los derechos de su país, el tenía la facultad preciosa de poder comprender el punto de vista contrario. Por eso, con él se podía hablar y no sólo negociar. Todos los que se han acercado a él —y yo me honro de haber sido entre ellos— han sentido por él más que admiración, más que respeto: le han tenido afecto.

“Sí, lo hemos amado y él ha correspondido a nuestro amor. He aquí el secreto de su éxito y la causa del dolor profundo que hoy sentimos todos sin excepción, al pensar que ya no está con nosotros.

“Y a medida que el tiempo va a pasar, tanto más el juicio de la posteridad va a confirmar el de sus contemporáneos. Ha sido un gran rumano, un gran ciudadano del mundo”.

Caracas, 10 de julio de 1991.